
La Teoría Social Latinoamericana

textos escogidos

Tomo II La teoría de la dependencia

Ruy Mauro Marini y Margara Millán
(compiladores)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Coordinación de Estudios Latinoamericanos
Dirección General de Asuntos del Personal Académico



Primera Edición: 1994

DR © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Coordinación de Estudios Latinoamericanos

Dirección General de Asuntos del Personal Académico

Impreso y hecho en México

ISBN- 968-36-4058-3

968-36-4059-1

968-36-4060-5

Es una publicación con fines didácticos no lucrativos.

Índice

Presentación. 9

I. FUENTES Y TENDENCIAS. 13

Ruy Mauro Marini
La integración imperialista y América Latina. 15 ↙

Andre Gunder Frank
Funcionalismo y dialéctica 21

Theotonio dos Santos
La teoría del desarrollo y su crisis. 37

Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto
Subdesarrollo, periferia y dependencia. 47

II. LA TEMÁTICA. 59

Rodolfo Stavenhagen
Siete tesis equivocadas sobre América Latina. 61

Andre Gunder Frank
La tesis del desarrollo del subdesarrollo 83

Theotonio Dos Santos
El nuevo carácter de la dependencia 95

Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto
Tipología del desarrollo hacia afuera 125

José Nun
La marginalidad en América Latina. El concepto de masa marginal . . 139

Artbal Quijano
Dependencia y marginalidad. El concepto de polo marginal 181

Tomás A. Vasconi e Inés Reca
Dependencia y educación 211

<i>Ruy Mauro Marini</i> Los fundamentos de la dependencia. El ciclo del capital en la economía industrial	231 ✓
III. DEBATE Y PROFUNDIZACION	271
<i>Francisco Weffort</i> Dependencia: clase y nación	273
<i>Vania Bambirra</i> Tipología de las sociedades dependientes	289
<i>Fernando Henrique Cardoso</i> Crítica a José Nun.	307
<i>Jaime Osorio</i> Formas de existencia y superexplotación de la clase obrera en México	319
<i>Ruy Mauro Marini</i> Acumulación mundial y subimperialismo	329 ✓
<i>Fernando Henrique Cardoso y José Serra</i> Crítica a Ruy Mauro Marini	347
<i>Ruy Mauro Marini</i> Intercambio desigual y superexplotación. Marxismo y sociologismo	363 ✓

Presentación

El Tomo II de esta selección de textos referentes a la teoría social latinoamericana se encuentra enteramente dedicado a la corriente de pensamiento que, emergiendo en la segunda mitad de la década de 1960, quedó conocida como teoría de la dependencia.

Muchos autores que han integrado esa corriente, yo inclusive, y otros ajenos a ella cuestionan esa denominación. Los distintos grados de adhesión que sus miembros manifiestan hacia el marxismo, las diversas tradiciones de formación intelectual que presentan, la variedad de sus temas de investigación, la mayor o menor radicalidad de sus planteamientos, todo ello conspira en contra de la conveniencia de hablar de una teoría científica general, basada en supuestos definidos y tendiente a una visión realmente compartida de su objeto de estudio. En realidad, más que una teoría, tenemos a un tema central de análisis: América Latina y un enfoque básico común a los que se han ocupado de él, factores que no llegan siquiera a constituir una escuela, y no justifican, a mi modo de ver, que se le considere sino un movimiento de ideas, una corriente intelectual.

Dos son las razones para que hayamos mantenido la denominación de teoría de la dependencia. Una se refiere al uso corriente que esta ha adquirido en los medios intelectuales de América Latina y otras regiones. La otra, a que ese movimiento ha ido tendiendo, con el tiempo y las depuraciones a que se fue sometiendo, a configurar una verdadera teoría, una teoría marxista de la dependencia. Este último punto amerita algunas acotaciones.

Cuando hablamos de una teoría marxista de la dependencia no pretendemos en absoluto que ella exista ya plenamente constituida, sino tan sólo que sus cimientos se encuentran puestos. Una observación relevante es que la tarea de establecer sus fundaciones, aunque iniciada en el seno del movimiento dependentista, lo ha transcendido, para convertirse en una labor ampliamente compartida por intelectuales

marxistas de varias disciplinas y de orientaciones ideológico-políticas diversificadas, a partir de los primeros años de la década de 1970. De hecho, ha sido así como se ha forzado la depuración interna del movimiento dependientista, reorientando a sus miembros de formación marxista más floja y de compromiso político menos definido hacia el regreso al redil del desarrollismo, bajo su nuevo ropaje, e incluso hacia el neoliberalismo en ascenso.

Las jóvenes generaciones latinoamericanas, que, para su desgracia, se están formando en un mundo en que este último ha logrado imponer su hegemonía tendrán, tal vez, dudas sobre la viabilidad y la conveniencia de asumir al marxismo como punto de partida para su reflexión sobre la problemática regional. El derrumbe todavía no asimilado y falto de explicación del socialismo europeo; la derrota del sandinismo y las dificultades a que se ve sometido el socialismo cubano; la desinformación sobre la dinámica y las tendencias del socialismo asiático se suman a las claudicaciones y cooptaciones de intelectuales de izquierda a que se asiste entre nosotros, así como en Europa y otras partes del mundo.

Esas dudas son, por tanto, justas y no pueden resolverse apelando a justificaciones y proselitismo. No tengo, para ellas, sino una respuesta, que es también un desafío: hagan a un lado el conformismo o el fatalismo e intenten pensar este mundo de fin de siglo a partir de una decisión de transformación radical, orientada en la perspectiva del progreso, la democracia y el bienestar material. Atrévanse a soñar con sociedades justas e inclusivas, con relaciones internacionales fundadas en la cooperación y la solidaridad y con la promoción de una verdadera humanidad, que, como lo dijo Max Scheller, no es el punto de partida, sino el de llegada. La vida misma les enseñará que el marxismo sigue siendo la guía por excelencia para la concreción de un proyecto de esa naturaleza.

Una observación final: los temas y autores que se presentan en este libro son estudiados en el Tomo II, *Subdesarrollo y dependencia*, de la obra que editamos a través de El Caballito sobre *La teoría social latinoamericana*.

Como en otras oportunidades, no puedo dejar de manifestar mi agradecimiento a la Dirección General de Asuntos del Personal Aca-

démico (DGAPA) de la UNAM y a la Dirección de nuestra Facultad, así como al equipo de coordinación del Seminario Interno Permanente del Centro de Estudios Latinoamericanos, integrado por Mágina Millán, Mario Trujillo Bolio y Gilberto Cardoso Vargas.

Agradezco, igualmente, el trabajo desempeñado en el marco del seminario y la colaboración que han prestado a la preparación de esta publicación los becarios Rubén O. Amador Zamora, Micaela A. Chávez Villa, Elsa G. Espinosa Consejo, Sandra Guadalupe Inacua Gómez, Damellys del Rosario López Heredia, Marcos Rubén López Miguel, Susana Martínez Sánchez, Luis Eduardo Pérez Llamas, Jéssica Retis Rivas, Zaida P. Rodríguez Monzalvo, María del Consuelo Sánchez R., Mario Sánchez Sánchez, Andrés Sierra Restrepo, Daniel Tapia Blanco y María Concepción Tonda Mazón.

Ruy Mauro Marini

México, septiembre de 1994

Ruy Mauro Marini
La integración imperialista
y América Latina

Extractado de Marini, R. M., *Subdesarrollo y revolución* (1969), México, Siglo XXI Editores, 1976, pp. 59-63. La versión original de este texto se publicó en *Monthly Review*, N. York, XVII-7, diciembre de 1965.

La progresión ascensional de la acumulación capitalista en la economía norteamericana y el proceso de trustización que se presentó allí, en este siglo, como una constante, tienen por resultado la concentración siempre creciente de una riqueza cada vez más considerable. Si las inversiones en actividades productivas acompañasen el ritmo de crecimiento del excedente así obtenido, la estructura económica estallaría en crisis quizá más violentas que la de 1929, en virtud del mecanismo mismo que vincula el ciclo de coyuntura a la variación del capital constante. La política antiinflacionaria que se ha adoptado, de modo general, en Estados Unidos, después de la guerra, ha permitido contener el ímpetu del crecimiento económico y limitar el monto del excedente, sin lograr impedir, sin embargo, que éste siga muy por encima de las posibilidades existentes para su absorción. Resultan de ahí las sumas siempre más grandes destinadas a las inversiones improductivas, principalmente en la industria bélica y en los gastos de publicidad. El restante, que no ha podido esterilizarse de esa manera, se precipita hacia el mercado exterior, convirtiendo a la exportación de capitales en uno de los rasgos más característicos del imperialismo contemporáneo.¹

1 Véase Paul Baran, "Crisis of Marxism?", *Monthly Review*, Nueva York, octubre, 1958. Hay edición española, *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 3, Córdoba, Argentina.

La lógica capitalista, que subordina la inversión a la expectativa de beneficio, lleva esos capitales a las regiones y sectores que parecen más prometedores. La consecuencia es, a través de la repatriación de capitales, un aumento suplementario del excedente, que impulsa a nuevas inversiones en el exterior, recomenzando el ciclo en nivel más alto. Ampliánse así incesantemente las fronteras económicas norteamericanas, intensifícase la amalgama de intereses en los países en ellas contenidos y se vuelve cada vez más necesario que, bajo distintas maneras, el gobierno de Washington extienda más allá de los límites territoriales la protección que dispensa a sus nacionales.

A principios del siglo, el más prestigiado teórico marxista de entonces, Karl Kautsky, influenciado por el revisionismo bernsteiniano e impresionado por el proceso de trustización que, desde las dos últimas décadas del siglo XIX, caracterizaba la economía capitalista, formuló su teoría del "superimperialismo": tras la concentración progresiva del capital en un gigantesco trust mundial, se podría esperar la centralización política correspondiente y una transición necesaria y pacífica al socialismo. En su prefacio a la obra de Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, que escribió en 1915, Lenin combate la teoría kautskyiana, aunque sin negar la tendencia integracionista presentada por el capitalismo mundial. Lo que pasará, advertía, es que tal tendencia se desarrollará en medio de contradicciones y conflictos, que darán un impulso a la tendencia opuesta, antes que ella llegue a su culminación. La guerra de 1914 y la Revolución rusa, la guerra mundial y los fenómenos que engendró —la formación del bloque socialista y los movimientos de liberación nacional— le dieron la razón.

Siempre es verdad, sin embargo, que la expansión del capitalismo mundial y la acentuación del proceso monopolista mantuvieron constante la tendencia integracionista, que se expresa hoy, de manera más evidente, en la intensificación de la exportación de capitales y en la subordinación tecnológica de los países más débiles. Otro marxista alemán, August Talheimer, lo advirtió al acuñar en la posguerra su categoría de la *cooperación antagónica*. En un momento en que la dominación norteamericana parecía incontrastable, frente a la destrucción europea que siguió a la guerra mundial, Talheimer fue suficien-

temente lúcido para percibir que el proceso mismo de integración o cooperación, acentuándose, desarrollaría sus contradicciones internas. Eso fue sobre todo verdadero en lo que se refiere a los demás países industrializados, los que, sometidos a la penetración de las inversiones norteamericanas, volviéronse a su vez centros de exportación de capitales y extendieron simultáneamente sus fronteras económicas, dentro del proceso ecuménico de la integración imperialista. Las tensiones que intervinieron entre esos varios centros integradores, de desigual grandeza (como, por ejemplo, Francia y Estados Unidos), aunque no puedan, como en el pasado, llegar a la hostilidad abierta, y tengan que mantenerse en el marco de la cooperación antagónica, obstaculizan el proceso de integración, abren fisuras en la estructura del mundo imperialista y actúan vigorosamente en beneficio de lo que tiende a destruir las bases mismas de esa estructura: los movimientos revolucionarios en los países subdesarrollados.

Hay que advertir, en efecto, que no es sólo al nivel de las relaciones entre los países industrializados que el proceso de integración imperialista alienta su propia negación. Eso se da, principalmente, al nivel de las relaciones entre esos países y los pueblos colonizados, y reside allí sin duda el factor determinante que lo encamina hacia su frustración. La exportación de capitales y de tecnología en dirección a esas naciones impulsa, de hecho, el desarrollo de su sector industrial, contribuyendo a crear nuevas situaciones de conflicto, desde dos puntos de vista, interno y externo, y a propiciar una crisis que altera las condiciones mismas en que se realiza esa industrialización.

Internamente, la industrialización se expresa, en un país rezagado, en la agudización de contradicciones sociales de varios tipos: entre los grupos industriales y los latifundistas-exportadores; entre la industria y la agricultura de mercado interno; entre los grandes propietarios rurales y el campesinado; y entre los grupos empresariales y la clase obrera, así como la pequeña burguesía. La diversificación económica se acompaña, pues, de una complejidad cada vez mayor en las relaciones sociales, que opone, en primer término, los sectores de mercado interno a los de mercado externo y luego, en el corazón de los dos sectores, a los grupos sociales que los constituyen. Ni siquiera el capital extranjero invertido en la economía puede sustraerse a esas

contradicciones y presentarse como un bloque homogéneo: el que se invierte en las actividades de exportación (Anderson Clayton, United Fruit) no tiene exactamente los mismos intereses que el que se aplica en la producción industrial o agrícola para el mercado interno (industria automovilística, aparatos eléctricos domésticos, industria de enlatados) y reaccionarán de modo distinto, por ejemplo, delante de un proyecto de reforma agraria que signifique ampliación del mercado interno y cree en el campo mejores condiciones de trabajo y remuneración.

El hecho de que el proceso de diversificación social, que resulta de la industrialización, no se sincronice rigurosamente con el ritmo de la penetración imperialista conduce, por otra parte, a que se agraven los factores antagónicos entre la economía subdesarrollada y la economía dominante. Puede pasar —como sucedió, por ejemplo, en Brasil, entre los años 1930 y 1950— que el sector industrial nacional aumente de manera mucho más rápida que la desnacionalización económica resultante de las inversiones externas. Además de las disputas que surgen, entonces, entre los dos sectores en su lucha por el mercado interno, sus relaciones se agravan cuando —alcanzado determinado nivel de industrialización— las necesidades crecientes de la importación chocan, en el terreno cambiario, con las presiones del sector extranjero para exportar sus beneficios y con las distorsiones que la dominación imperialista impone a la estructura del comercio exterior.

La cuestión tiende a agravarse aún más por otra razón. La reducción del plazo de renovación del capital fijo en las economías avanzadas, como consecuencia del ritmo increíblemente rápido de las innovaciones tecnológicas², lleva a que esas economías experimenten una necesidad apremiante de exportar sus equipos obsoletos a las naciones en fase de industrialización. El estrangulamiento cambiario que sus prácticas comerciales y financieras provocan en la capacidad para importar de esas naciones contrarresta, empero, esa tendencia. La contradicción sólo puede superarse a través de la introducción de tales equipos en los países subdesarrollados bajo la forma de inversión directa de capital. La consecuencia de tal procedimiento es la acelera-

2 Ernest Mandel, *Traité d'économie marxiste*, Paris, 1962.

ción del proceso de desnacionalización —por lo tanto de integración— al mismo tiempo en que allí se implanta un desnivel creciente entre el marco tecnológico y las necesidades de empleo para una población en explosión demográfica. La manera por la cual se procura, pues, superar el estrangulamiento cambiario implica, por los problemas resultantes, la agudización de las tensiones sociales internas, factor decisivo en los movimientos de liberación nacional.

La cooperación antagónica entre la burguesía de los países subdesarrollados y el imperialismo es conducida así a un punto crítico, que ya no le permite existir en su ambigüedad e impone una disyuntiva entre la cooperación, tendiendo a la integración, y el antagonismo, marchando hacia la ruptura. Es lo que pasó en Brasil en 1964, y nos conviene examinar el mecanismo de esa crisis, así como sus consecuencias.